

Atenea

Revista Bimestral de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXXIII - Septiembre - Octubre de 1956 - Núm. 372

Puntos de vista

España en América



O sólo tiene valor histórico el aniversario del descubrimiento de América. Implica también una significación simbólica doblemente trascendental: se incorporan a la humanidad tierras vírgenes en las cuales España irradiará su espíritu, tan pronto dominado de idealismo como objetivamente realista. Como consecuencia de tal condición humana superior, rebrotará el alma hispánica vivificada con los elementos raciales y geográficos del Nuevo Mundo, formándose pueblos ganosos de emularla.

Conviene evocar los hechos pretéritos para actualizarlos en la conciencia y estimarlos en su justa dimensión histórica. Colón se yergue egregiamente nimbado de esa poderosa intuición que le dió voluntad y fe para no desmayar en su petición de ayuda material que le permitiera hacer el viaje a las Indias Orientales por rutas desconocidas.

La generosidad de los Reyes de Castilla acoge e impulsa el proyecto de ese hombre a quien los sabios de Salamanca califican de loco, porque sostenía la pro-

babilidad de la redondez de la tierra. Colón y los Reyes de Castilla se hermanan históricamente en un mismo sueño de revivir las hazañas de las viejas epopeyas. La de Colón supera aún aquellas de la fantasía homérica.

Tras el nombre del navegante genovés sigue en acción epopéyica el de los capitanes que se arriesgan por mares y tierras ignorados y hostiles, conquistándolos: Hernán Cortés, Vasco de Gama, Núñez de Balboa, Francisco Pizarro, Diego de Almagro, Pedro de Valdivia, Hernando de Magallanes y el de muchos otros que forman legiones. Junto a ellos están los anónimos soldados y marineros que los secundan en la intrepidez de la aventura, atravesando selvas, trepando montañas, vadeando ríos, cruzando desiertos, surcando océanos, entre las inclemencias del trópico y del austro.

Quien haya recorrido el Altiplano, llegado al Cuzco o contemplado la grandiosidad cósmica de las sierras andinas desde las alturas de Macchu Picchu, reafirmará su admiración por esos hombres que se adueñaron de este mundo nuevo con escasos medios materiales para vencer a la naturaleza, aceradas sus almas y cuerpos para resistir las mayores adversidades.

Sea cual fuese el móvil que impulsó a los descubridores y conquistadores, lo cierto es que su empresa enaltece a la raza hispánica; y si bien los rudos capitanes exigían de los aborígenes oro y plata, también los civilizaban cristianizándolos; y lo que es más de admirar, aún, se mezclaron con ellos a fin de arraigar en los lugares conquistados, desgraciadamente destruyendo, sin

comprender, las culturas autóctonas de Perú y México. El padre Las Casas representa el otro cariz del espíritu de conquista, proyectado en los poetas que cantan diti-rámbicamente a los hombres y cosas de América. Por eso se puede decir que España se volcó íntegra en el mundo colombino, con esa dualidad encarnada en Don Quijote y Sancho, quienes logran comprenderse y corresponderse en la medida en que el genio cervantino rebasa la intención precaria para hacer de su singular historia expresión del genio de la raza. El espíritu de Don Quijote y Sancho llega a América fusionado en magnífica síntesis como reverso y anverso de una misma actitud frente a la vida y el destino.

Esa fué la España de ayer, que nos dió su alma, su cultura y su lengua. Muchos vínculos se han roto con la Península, pero hay uno que deseamos y luchamos por que se mantenga en toda su integridad: el del idioma, en cuya riqueza expresiva caben todas las gamas del sentimiento y del pensamiento. Lo remozamos y adaptamos a las circunstancias del tiempo, conservando su índole y su vertebración secular. Esa fué la España de ayer, eterna en la historia como Grecia y Roma; la España que civilizó a América y legó a la posteridad las obras estremecidas de belleza y de verdad de Cervantes y Quevedo, de Góngora y fray Luis de León, de Lope y Calderón, de Velázquez y Goya.

No obstante las alternancias de su historia, España revive en la obra de sus pensadores, escritores y artistas, aun en aquellos momentos de mayor postración políti-

ca y económica. Así, en el siglo XVIII aparece un Feijóo y en el XIX tiene a escritores de rango universal como Larra, Bécquer, el gran Galdós y el inmenso don Marcelino Menéndez y Pelayo, cuyo centenario de su nacimiento se conmemora en estos días. Como reacción ante la pérdida de los últimos restos de su imperio colonial —culminación de su decadencia política y material—, surge esa pléyade de escritores pertenecientes a la llamada generación de 1898 en los cuales se reanima el ímpetu creador del período áureo. Unamuno, Ramiro de Maeztu, Jacinto Benavente, Azorín, Baroja, Valle-Inclán, Antonio Machado dan a las letras españolas un nuevo acento de vitalidad y gracia; acento que han de continuar Juan Ramón Jiménez, Gabriel Miró, Ramón Pérez de Ayala y esa figura cimera del estilo y el pensamiento que es José Ortega y Gasset; y en la promoción literaria última, para sólo citar al más genial de sus poetas, Federico García Lorca. No olvidamos tampoco a los que en la ciencia han hecho aportes de investigación de valor trascendente como Ramón y Cajal.

Por sobre los quebrantos de su trayectoria política y más allá de las fronteras transitorias de las dos Españas de que habla Fidelino de Figueiredo —la filipizada y la desfilipizada—, se yergue España, grande e indestructible, en las letras y en las artes.

Cuando los diversos pueblos que se habían formado en la Colonia creyeron tener la mayor edad, constituyeron las repúblicas en que hoy se fracciona Hispanoamérica, y cuya vida política y económica se ha encami-

nado por distintos derroteros. Podemos enorgullecernos del desarrollo alcanzado por los países americanos de habla española. Pero ese orgullo no puede exhibirse indiscriminadamente so pena de caer en un tópico de rancio oficialismo.

A través de la letra de sus constituciones ellos se han arquitecturado bajo el signo de la democracia, acaso la más alta conquista política de la cultura occidental. No es el caso analizar si tal forma de organización es la más adecuada a ciertos pueblos constituídos en su gran mayoría por indígenas analfabetos, carentes de los más indispensables medios de vida civilizada. No es tampoco el momento de subrayar el divorcio entre esa masa iletrada y las minorías cultas, porque ello conduciría a las entrañas mismas de donde derivan las convulsiones sociales y políticas que parecen ser endémicas en algunos países de América.

Cabe sí representar el hecho trágico de que tras la bandera democrática se encubren actuaciones delezna- bles en que incluso la vida humana queda a merced del despotismo erigido en poder público. Las naciones americanas serán tanto más grandes y respetadas cuanto más cabales y perfectas sean su cultura política, su libertad económica y sus expresiones artísticas.

Si queremos hacernos dignos de lo que representa históricamente España, y obedeciendo a esa ley biológica de que el hijo ha de aventajar al padre, los pueblos de esta América nuestra deben consolidar sus instituciones republicanas, no salirse de la letra de sus constitu-

ciones, respetar las leyes —sabias y justas en su formulación—, educar al pueblo, cultivar intensivamente la tierra, fomentar la industria, dar posibilidades de trabajo a cuantos lo deseen y abrirse a todos los horizontes del pensamiento universal. Y cuando ello se realice, se dirá que el espíritu de la España eterna reverdece en América con lozanía y vigor de un mundo joven, asegurada la perennidad de la raza y del idioma.

Desde los albores de la Independencia fué pensamiento rector de los conductores de nuestros pueblos, propugnar la unidad del continente para constituir una gran familia de naciones enraizadas por la historia e intereses comunes. Tal fué ideal de Bolívar, robustecido en constantes apelaciones a las ventajas que ello significa como defensa y consideración. Hechos ineluctables han postergado acaso en forma definitiva esa concepción de la patria grande y única. Además, cada país ha ido acentuando con mayor fuerza sus características propias, proclamando un nacionalismo excluyente y agresivo en determinados casos. Pero ha de conservarse el pensamiento bolivariano, reducido sí a sus posibilidades de realización. Para esto se requiere un mayor intercambio cultural y comercial, aumentar el conocimiento mutuo, disminuir las trabas aduaneras, eliminar las rencillas fronterizas y sobre todo abandonar todo principio de hegemonía política y económica. Así, llegará el momento en que los habitantes de nuestro continente merezcan la denominación de “ciudadanos de América”.